

En el artículo que cierra el libro, Ramón Mujica presenta una visión panorámica, prolijamente documentada e ilustrada, del desarrollo de la caricatura en el Perú. Mujica hace un rastreo pormenorizado de los orígenes de este popular género artístico desde los tiempos del virreinato, lo que, de hecho, rebasa el marco cronológico que engloba a la mayoría de los artículos. Desplegando una abundante secuencia de imágenes —hoy, en su mayor parte, olvidadas—, el artículo aporta significativas revelaciones sobre el entramado político e ideológico que subyace en estos jocosos desafíos al poder. Se empieza a cubrir así un vacío evidente en nuestra historiografía, ya que casi todas las recientes publicaciones sobre la caricatura peruana se han centrado en el periodo de auge del periodismo ilustrado local, que se dio durante las primeras décadas del siglo XX.

Así planteada, *Visión y símbolos* constituye una notable iniciativa por explorar, de manera interdisciplinaria, algunos puntos claves de nuestro pasado histórico. Simultáneamente, el libro procura exponer nuevos temas de discusión, llamando de este modo la atención sobre parcelas tradicionalmente desatendidas de nuestra memoria histórica. Todo ello contribuye a poner en evidencia la importancia que tuvo la configuración de un denso imaginario simbólico —hecho de permanencias tradicionales y rupturas modernizadoras— en el lento y complejo tránsito del antiguo virreinato del Perú a la vida independiente.

RICARDO KUSUNOKI

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

ORREGO PENAGOS, Juan Luis. *La ilusión del progreso. Los caminos hacia el Estado-nación en el Perú y América Latina.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, 266 pp.

Una particular interpretación del pasado peruano había llevado hasta hace pocos años a resaltar las peculiaridades de nuestra historia sin enfatizar las respectivas similitudes o diferencias con otros países. De ahí

que saludemos la aparición de *La ilusión del progreso*, libro que pretende llenar este vacío mediante el estudio de cinco países (Argentina, México, Chile, Ecuador y el Perú) en el lapso de 1820 a 1860. El propósito del autor es presentar «desde una perspectiva más moderna y crítica, las ideas y objetivos» de los proyectos políticos de los países antes mencionados (p. 16). También quiere demostrar el «intercambio doctrinal entre políticos e intelectuales peruanos con sus pares latinoamericanos mediante lecturas comunes y debido a los exilios que muchas veces sufrían en los países vecinos» (p. 17). El libro se basa en la tesis de maestría defendida por el autor algunos años antes.

Una primera observación a la estructura del texto está relacionada con el marco metodológico, el cual parece quedar de lado cuando el autor rompe la primera regla de la historia comparativa al no justificar la selección de los países estudiados ni establecer qué aspectos de los mismos se van a comparar. Esto obliga a preguntarse por qué entonces no se incluyó a Brasil, cuyo régimen monárquico se prolongó hasta fines del siglo XIX; a Colombia, que tuvo un temprano y sólido regionalismo; a Uruguay, con un sistema bipartidista peculiar; o a Venezuela. También nos lleva a cuestionar por qué la coyuntura de 1848, el constitucionalismo o el americanismo de 1864-1866, que hubiesen servido para demostrar el intercambio doctrinal entre países y su formación como naciones, apenas son mencionados en uno o dos casos aislados.

La asimilación que el libro hace del liberalismo como equivalente a Estado-nación y como la única vía para llegar al progreso dificulta la discusión de paradigmas ya superados, como la vieja caracterización de liberales/buenos/civiles-conservadores/malos/militares. De hecho, la división entre liberalismo y conservadurismo no es del todo exacta. El liberalismo no necesitó desplazar a las estructuras coloniales; incluso se podría decir (junto con Antonio Annino) que surgió a partir de ellas, lo que le permitió mutar hacia el positivismo a fines del siglo XIX o albergar variantes radicales que se acercaban al socialismo de esa época. Orrego se aferra en cambio a un modelo ya conocido: el liberalismo, creado en «conversaciones de salón, de gabinetes de estudio y bibliotecas», habría fracasado por la compleja realidad latinoamericana. ¿Esto significa que la

sociedad europea no era compleja? ¿Podemos concluir que el liberalismo funcionó bien en dicho continente?

La estrategia escogida para narrarnos el derrotero del Estado-nación no parece ser la más indicada. El autor ha optado por presentar a las elites intelectuales y a los caudillos (civiles y militares) como los principales impulsores de la política latinoamericana en el siglo XIX. De ahí que no sorprenda el uso de la siguiente fórmula, poco efectiva: el intelectual *x* tiene un pensamiento de tipo *y*, susceptible de ser rastreado en su obra escrita *z*. Así, Chile es producto de Diego Portales; Argentina, de Domingo F. Sarmiento y Juan B. Alberdi; Ecuador, de Gabriel García Moreno; y el Perú, de Manuel I. de Vivanco, Domingo Elías y Ramón Castilla. Para complicar las cosas, Orrego nunca cita directamente a estos pensadores, sino por medio de estudios secundarios, por lo que terminamos conociendo lo que piensa David Brading de José María Luis Mora, Iván Jaksic de Portales, Jorge Myers de Juan Manuel de Rosas, pero no la interpretación del autor acerca de los intelectuales que son objeto de su análisis.

En los últimos años, se ha insistido en medir a los países latinoamericanos en función de su éxito como Estados-nación. Según la versión tradicional, el Estado-nación habría sido el producto de minorías cosmopolitas, empeñadas en establecer un aparato estatal centralizador recubierto por un endeble sentimiento de identidad común. En el texto reseñado, se asume que el Estado-nación fue delineado desde escritorios y oficinas gubernamentales e impuesto al resto de la población. Con excepción de los campesinos mexicanos mencionados en el libro, desconocemos cómo fue asumido y las resistencias que trajo consigo dicho proyecto en los sectores urbanos (artesanos, por ejemplo) y rurales. Una aclaración de lo que el autor entiende por Estado-nación hubiese sido de mucha ayuda, así como la mención de vías alternativas —las que han sido estudiadas, entre otros, por Benedict Anderson, Eric Hobsbawm, Anthony Marx y Mona Ozouf—, como la creación de símbolos, la elaboración de historias nacionales, las prácticas y rituales conmemorativos de fechas específicas, la imposición de un sistema de tributación extendida, la conformación de un mercado interno, el rol de las guerras o el desarrollo de un sistema estadístico.

Las páginas dedicadas al Perú también comparten el propósito de estudiar a los grupos que «intentaron articular proyectos de ordenamiento o reestructuración del Estado con el fin de poner orden en el país y sembrar la posibilidad de progreso» (p. 16). Para ello, Orrego elige tres momentos específicos: el vivanquismo, el castillismo y la *utopía liberal* de Domingo Elías. Esto no hace sino confirmar el enfoque basado en caudillos y grandes hombres como forjadores de la nación, cuando en realidad fueron coyunturas muy breves, como la del vivanquismo, o que no llegaron a concretarse, como la de Elías. Hay que recordar que este perdió la elección por un margen muy amplio, lo que demuestra el poco arraigo de su programa político en la población (programa que, por cierto, no fue creación suya, sino de uno de sus allegados, el comerciante Francisco Quirós). La elección del castillismo me parece adecuada, no solo por su duración (más de una década en dos gobiernos), sino por el profundo impacto que tuvo en la organización de un aparato estatal y en la historiografía, como lo hace notar el autor en un acápite dedicado a dicho régimen.

La bibliografía merece un comentario aparte. En primer lugar, hubiese sido deseable un mayor trabajo de archivo y fuentes primarias. Asimismo, la bibliografía secundaria es breve para un libro de esta naturaleza, además de muy puntual, como se desprende de las numerosas referencias a obras generales y manuales. Tampoco se han incluido textos recientes que podrían haber ayudado a afinar la investigación. Si bien es cierto que no siempre es sencillo encontrar estudios referidos a otros países, hay que recordar que las revistas y, en los últimos años, la internet constituyen una ayuda invaluable.

La organización del texto no ayuda del todo a entender el objetivo del mismo. La adopción del esquema de tesis obstaculiza la lectura, ya que introduce una división hasta de sub-sub-sub capítulos, algunos de solo tres líneas (p. 37), o páginas con largos resúmenes de autores como Paul Gootenberg (pp. 146-150) o Victorino Lastarria y Francisco Bilbao. Se podría haber eliminado algunas frases ambiguas, como la que caracteriza a la elite chilena de «una y varias elites a la vez» (p. 88). También hay algunas omisiones. No se menciona que gran parte del libro ha aparecido

anteriormente en diversas compilaciones y que el título del capítulo tres, «La seducción del orden», es homónimo del libro de Ana María Stuen. Además, el capítulo que trata sobre Elías y el Club Progresista apenas ha sido reelaborado respecto de su versión original: su tesis de bachillerato de hace ya casi dos décadas (1989).

En suma, habría que decir que *La ilusión del progreso* constituye un primer intento por definir la consolidación de las repúblicas latinoamericanas y de ejercicio de una historia paralela, mas no comparada, de las trayectorias políticas de América Latina.

JOSÉ RAGAS

Pontificia Universidad Católica del Perú

PALLAS, Gerónimo. S.J. *Misión a las Indias con advertencias para los religiosos que de Europa la huvieren de emprender*. Estudio y transcripción de José Jesús Hernández Palomo. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, El Colegio de México, Università degli studi di Torino, 2006, 325 pp., ilustr.

En abril de 1617, un grupo de jesuitas partió de España con destino al virreinato del Perú, al que arribaron a inicios del año siguiente. La travesía fue relatada por uno de los miembros de la expedición, el jesuita calabrés Gerónimo Pallas, en un texto titulado *Misión a las Indias*. Se trata de un escrito excepcional, ya que su autor, además de describir con vívidos colores las fortunas y adversidades que enfrentaron quienes se aventuraron a cruzar el Atlántico en pos de la conquista espiritual del Nuevo Mundo, expone, en un extenso discurso, lo que debía ser el perfil del misionero y el sentido de la acción evangelizadora en tierras de los Incas. La transcripción y edición del texto de Pallas, cuyo original manuscrito se conserva en el Archivum Romanorum Societatis Iesu, ha estado al cuidado de José Hernández Palomo, autor del documentado estudio preliminar.